

niño y no poco generalizada en el adulto, nos llevaba de cuando en vez a comprobar el estado de consunción del emparedado vivo, que aun continuaba latiendo con un vagido leve como el llanto de un niño extenuado y moribundo.

Por fin no se le oyó más. La chimenea había digerido con una horrible calma la vida jugosa y recia del fiero animal.

Desde entonces aquel monolito desconchado y negruzco me produjo una mezcla de antipatía y terror que después de tantos años no acierto a definir.

No hace muchos fué menester habilitar de nuevo para cocina lo que para tal había sido destinado al edificar la casa. Cuando los albañiles desfondaron la tapiada chimenea, apareció entre los escombros e esqueleto del gato, pero nada más. Parece que el gigante de piedra no había tenido ocasión de paladear otros manjares en toda su vida.

Como si aquel lavado de estómago le hubiera rejuvenecido, a los pocos días volvió a su antiguo vicio de echar humo por la nariz.

Una tarde del verano pasado me acodaba yo en la baranda de la azotea, con la vista perdida en el lejano horizonte. Mis hijos jugaban cerca de mí.

De pronto, no sé cómo, recordé todo lo que refiero más arriba y sin poderlo evitar me quedé fijo, con una mirada añorante y sobrecogida, en la vieja chimenea. Atónito, me pareció que sonreía con un gesto entre dulce y amargo que dejaba al aire sus dientes careados y negros de sarro.

Y habló. Habló con una voz de bajo profundo, blanda y acolchada. Recuerdo bien que me dijo: Ya, ya sé que no te soy simpática y hasta que me odias un poco. Sin embargo, yo no tuve la culpa y soy la única que tiene derecho a quejarse. El maldito gato se me metió dentro antes de que yo pudiera cerrar la boca para impedirlo. Por más esfuerzos que hice no fui capaz de vomitarlo. ¡Malhaya sea..! Desde entonces vengo padeciendo del estómago. Y arrojando una densa bocanada de humo calló definitivamente, ajena por completo a mi gesto de asombro, con la elegante indiferencia de quien está muy por encima de las miserias de este mundo, tan lleno de injusticias y falsedades.

Me incorporé sobresaltado al sentir a uno de mis retoños que me tiraba de la chaqueta gritando: Papá, papá, que te has quedado dormido.

Me pasé la mano por la cara como el que quiere alejar de sí una pesadilla, di un beso a cada uno y ordené a todos la retirada.

Bajábamos la escalera e iba a decir algo a mi prole cuando un robusto mosquito se me coló hasta el gáznate. Fueron unas bascas terribles, pero al fin logré arrojarlo sobre el pañuelo. Así que pude alentar, exclamé rotundo:

¡Tenía razón la chimenea!

PLEGARIA

Tú, que ves desde altura inigualable
el destino del hombre, harto insufrible,
que lucha y es tratado cual terrible
alimaña que alienta, y no es tratable.

Tú, que el alma creaste perdurable
y la diste tu gracia cognoscible,
apiádate, Señor, ahora, en su horrible
trance que, por vivir, vive espantable.

Dirígela, mi Dios, por sendas nuevas
de florecidos mirtos y laureles,
dispuesta siempre al bien y al sacrificio.

Exígela, Señor, de nuevo, pruebas
de amor y de ternura, que sean fieles
pajes de su bondad, a tu servicio.